

Con la lanza enristrada llega luego  
 Ricardeto, mostrando el noble fuego  
 Que animó siempre al paladin de Francia,  
 Y del que á dar insignes pruebas iba  
 Cuando su bruto, tropezando, viene  
 Al suelo, en donde á su señor derriba.

Viendo en fin que no hay ya quien se presente  
 A disputarle el premio del combate,  
 A su corcel clavando el acicate,  
 Se acerca Mandricardo hácia la fuente,  
 Y « ya eres mia, » á la doncella dice,  
 « Si no encuentras quien venga á rescatarte.  
 « Así lo quiere de la guerra el arte,  
 « Y así mi intencion es que se realice. »

La faz alzando en ademan altivo,  
 La dama dice : « Engañaste muy mucho.  
 « Verdad, bien lo concibo,  
 « Fuera sin duda alguna lo que escucho,  
 « Si paladin ó dueño fuese mio  
 « Alguno de esos cuatro que venciste;  
 « Mas libre yo fuí siempre; y de mi brio  
 « Prueba ha de hacer aquel que me conquiste.  
 « Dispuesta siempre á combatir me hallo,  
 « Que á mas de un caballero en tierra he puesto.  
 « Mis armas dadme, dadme mi caballo, »  
 Dice á sus pajes, que obedecen presto.  
 Las faldas luego quitase, y ver deja  
 Bajo el colete un elegante busto  
 Que á Marte en lo robusto  
 Y á Vénus en lo bello se asemeja.  
 Su espada ciñe, viste su coraza,  
 Monta sobre el corcel de un solo salto,  
 Y, con la diestra levantada en alto,  
 Al musulman se llega y lo amenaza.  
 Así se da principio á esta pelea,  
 Igual á la que tuvo con Aquiles  
 En los campos de Ilion Pentesilea.  
 Ambos contrarios su pujanza prueban;

Hecha pedazos salta cada lanza,  
 Sin que ellos al encuentro se conmuevan.  
 Marfisa, de mas cerca del pagano,  
 Probar queriendo el impetu, se avanza  
 Hácia él lijera con la espada en mano.

Contra el cielo blasfema  
 El moro al verla inmóvil en la silla,  
 Y ella tambien de la deidad suprema  
 Tal vez el nombre en su furor mancilla,  
 Al ver cual de su espada al golpe rudo  
 Resiste siempre el enemigo escudo.  
 Fuertes sus armas son, al recio choque  
 Del acero resistese la malla.  
 Bien que esto su ira mas y mas provoque,  
 Todo aquel dia y parte del siguiente  
 Deja que dure la feroz batalla.

Impaciente el de Argel, llégase en esto  
 Al tártaro, y le dice :  
 « Pues que á lidiar de nuevo estás dispuesto,  
 « Nuestra contienda aquí se finalice.  
 « Suspendimosla, sábeslo, con pacto  
 « De ir al socorro de la gente nuestra.  
 « Si te retractas tú, yo me retracto  
 « Y vuelvo en el instante á la palestra. »  
 A la virgen bizarra  
 En seguida dirígese, le narra  
 La causa de su viaje, y le suplica  
 Que no tan solo aquella lid suspenda,  
 Mas que al punto con ellos se transporte  
 A Paris, do á su amparo se encomienda  
 Del rey pagano la indefensa corte.  
 « Mas vale, » añade, « hacer que por el orbe  
 « Tu fama vuele y al empireo ascienda,  
 « Que trabar infructifera contienda  
 « Que de lograr tan noble plan te estorbe. »  
 Marfisa, á quien, de Francia á los confines  
 Viniendo ha poco de remoto clima,  
 Vivo deseo anima

De luchar con sus bravos paladines,  
Al ver la ayuda que Agramante pide  
A volar á su amparo se decide.

Roger en tanto á Hipalca por el monte  
Siguiendo en vano, llega hasta el paraje  
Donde quedó bramando Rodomonte;  
Y pensando que léjos

De allí no esté, si acaso  
Hácia la fuente ha dirigido el paso,  
Por las huellas mas frescas que divisa  
Trotando en su corcel va á toda prisa.  
Allí llegando, ordena  
A Hipalca que se parta  
A Montalban, que una jornada apenas  
Distante está; miéntras del recto rumbo,  
A la fuente acercándose, él se aparta.  
Dícele que no duda con su acero  
Hacerse dueño de Frontino en breve,  
Y que hasta á Montalban y al orbe entero  
La fama al punto esta noticia lleve.

La carta que escondida  
Lleva en su seno, entrégale en seguida,  
Y con afan prolijo  
Ternezas mil para su bien le dijo.  
Cuanto escucha en su mente  
Hipalca graba, y sin que mas aguarde  
Parte veloz, y llega diligente  
A Montalban aquella misma tarde.

Por las huellas que advierte en la llanura  
Sigue Roger al rey de Argel gallardo,  
Y al borde de la fuente por ventura  
Vino á encontrarlo al fin con Mandricardo.  
Mas vino en el momento  
En que ambos por solemne juramento  
De ofrecerse acababan á ninguna  
Empresa nueva consagrar su brazo,  
Hasta ver de su apuro y embarazo  
Libre al sectario de la media luna.

Allí Roger llegando, sin tardanza  
Conoce á su corcel y al que lo monta,  
Y con carrera pronta  
Hácia él dirige enarbolada lanza.  
Mas paciente que Job, contra su usanza,  
Se mostró Rodomonte, que altanero  
En provocar combates ser solía  
En otras ocasiones el primero.  
El primero y el último aquel día  
Fué que en su vida rehusó batalla.  
Pues á su rey del riesgo en que se halla  
De tal manera libertar ansía,  
Que, aunque á Roger despedazar pudiera,  
Cual á liebre fugaz feroz pantera,  
Piensa que un solo golpe de su espada  
En esta coyuntura le degrada.

De no poder blandirla es aun mas grave  
Su pena cuando sabe  
Que el que á Frontino agora le reclama,  
Es Roger, cuya fama  
Excitó tantas veces sus deseos  
De medirse con él en los torneos.  
Esto no obstante, y bien que á su alma pesa,  
Renuncia el moro á su gloriosa empresa.  
Por ella en otras circunstancias miles  
De leguas con placer andado habria;  
Hoy la desecharia  
Aun cuando le retara el mismo Aquiles:  
¡ Tan fuerte es el motivo  
Que así se opone á su anhelar mas vivo!

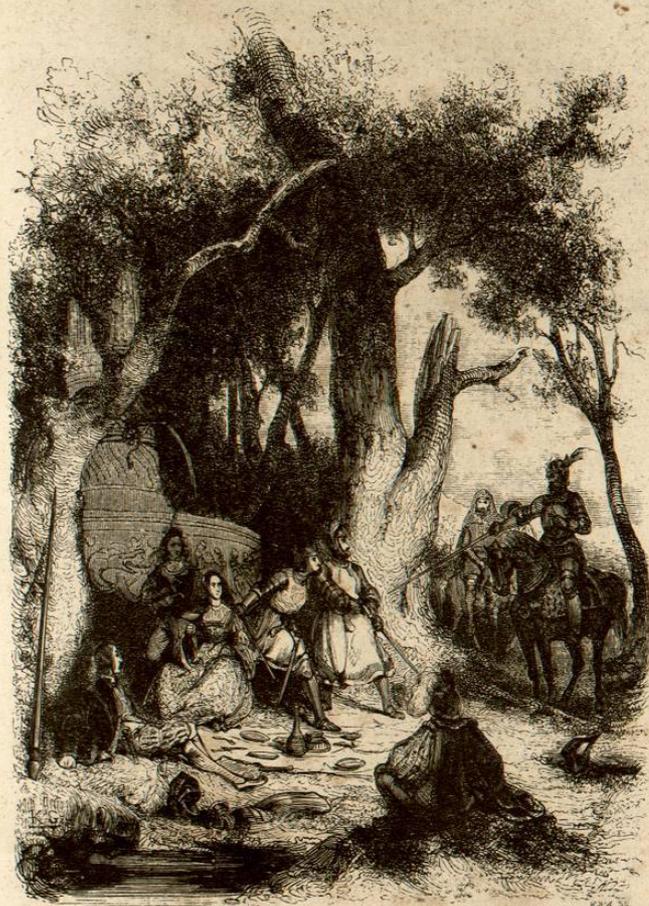
Estas razones á Roger refiere  
Y le ruega le ayude en esta empresa,  
Pues conservar ilesa  
Su gloria á fuer de caballero quiere.  
« Luego, » dícele pues, « que de Agramante  
« El duro asedio el rey francés levante,  
« Podremos renovar esta contienda.  
« Mas quiero que hasta entónces se suspenda.

— « Así, » Roger replica, « así lo opino,  
 « Siempre que ántes me vuelvas á Frontino.  
 « Si que á probarte yo renuncie quieres  
 « Que has cometido insigne villanía  
 « Quitando á una indefensa mensajera  
 « Un corcel que por mi órden conducia,  
 « Vuélvelo al punto, vuélvelo, ó no esperes  
 « Que de una hora siquiera  
 « La proyectada lucha yo difiera. »

Mientras Roger del agareno exige,  
 Que dé á Frontino ó que á lidiar se apreste  
 Sin que ninguno de estos dos partidos  
 El resuelto á aceptar se manifieste,  
 Llega otro moro por la opuesta parte  
 Y traba con Roger querella nueva,  
 Al ver que por divisa  
 El ave reina de las aves lleva.  
 Águila blanca en campo azul adorna  
 Las armas que algun día  
 Vistió de Troya el adalid gallardo,  
 De quien el fuerte jóven descendia.  
 Ignorándolo empero, Mandricardo  
 Un insulto ve en ello, y no consiente  
 Que otro escudo que el suyo  
 El fúlgido blason de Héctor ostente.

Por enseña igualmente  
 Un águila llevaba Mandricardo,  
 Que al salir del alcázar peligroso  
 Obtuvo de una maga en recompensa  
 De su alto esfuerzo y de su audacia inmensa,  
 Con la armadura entera que Vulcano  
 Dió en aquel tiempo al paladin troyano.  
 Otras veces por ella  
 Mandricardo y Roger ya combatieron,  
 Y la causa sabeis porque pusieron  
 Fin en cada ocasion á su querella.

Algun tiempo de la última ya hacia  
 Cuando el escudo de Roger advierte



Llegan á la fuente de Merlin Rodomonte y Mandricardo. (T. II, p. 64.)

El musulman, que en voz soberbia y fuerte  
De este modo le insulta y desafia :

« Tú, temerario, mis insignias llevas,  
« Y hoy por primera vez no te lo digo ;  
« De mi paciencia di bastantes pruebas  
« Hasta hoy no habiendo dádote castigo.  
« Mas, pues que ni á consejos ni amenazas,  
« Quiso ceder tu obstinacion funesta,  
« A ver en breve vas cuan caro cuesta  
« Ese broquel que sin derecho embrazas. »

Cual, atizada por la brisa, prende  
La llama en seca y ya caliente leña,  
Así Roger de cólera se enciende,  
Oyendo al musulman que lo desdeña.

— « Piensas, » dice, « asustarme y me provocas,  
« Porque supones que lidiar no puedo  
« A un tiempo contra dos : pues te equivocas ;  
« Corcel y escudo á conquistar me obligo,  
« Y juntos á los dos al campo os reto.  
« A este sitio otra vez con el objeto  
« Vine, no ha mucho, de reñir contigo,  
« Mas sin acero al verte,  
« Detuve el brazo, que iba á darte muerte.  
« Lo que entónces no hice  
« Hoy sin demora haré que se realice ;  
« Pues no se ha de usurpar impunemente  
« Ese blason antiguo de mi gente. »

— « Quien lo usurpa es el vil que me denuesta, »  
Dice el tártaro ; y muéstrale la espada,  
La espada por Orlando en la floresta,  
No ha mucho, en su furor abandonada.  
Generoso y cortes Roger, al moro  
Viendo llegar sin lanza,  
Comprometer temiendo su decoro,  
La suya al suelo arroja sin tardanza,  
Y á Belisarda empuña de ira ciego.  
Mas bien pronto se avanza  
Marfisa. Llega Rodomonte luego,

Y entrambos se interponen  
 Porque la lid los otros abandonen.  
 Duélese Rodomonte de que roto,  
 Ora por verse dueño de Marfisa,  
 Ora por conquistar una divisa,  
 Dos veces haya el tártaro su voto.  
 « Si cumplir te disgusta  
 « Nuestro convenio, » el rey de Argel le dice,  
 « Nuestra primera lid se finalice,  
 « Que de todas las de hoy es la mas justa.  
 « Con esta condicion fué concluida  
 « La tregua entre nosotros. Terminada  
 « Mi reyerta contigo,  
 « Por mi caballo á combatir me obligo.  
 « Tú, si quedas con vida,  
 « Podrás mi escudo reclamar á aquesé,  
 « Bien que dudo que puedas otra lucha  
 « Acometer, cuando la nuestra cese.  
 — « No, » respóndele el tártaro, « no esperes  
 « Que así suceda; vencedor confias  
 « En el campo quedar: las armas mias  
 « Sudar te harán si destrozalas quieres.  
 « Mi esfuerzo es manantial que no se agota;  
 « De Roger la derrota  
 « Empeñaré despues, y de cualquiera  
 « Que se me oponga, y de la tierra entera. »  
 Con estos gritos el furor se enciende  
 De unos y otros guerreros. Mandricardo  
 Con Rodomonte y con Roger emprende.  
 Este, al ver que su nombre se atropella,  
 Rienda da suelta á su ánimo gallardo,  
 Miétras que por calmar tanta querella  
 Corre de una á otra parte la doncella.  
 Cual labriego al mirar la furia aciaga  
 Con que, sus diques destrozando, amaga  
 El calzal prado y al naciente trigo,  
 De esta invasion ponerlos al abrigo  
 Quiere; mas mientras por aquí en respeto

Pone al torrente, por allá pujante  
 Este, arrollando el frágil parapeto,  
 Por los campos extiéndose espumante;  
 Así miétras Roger, el de Tartaria  
 Y Rodomonte por reñir porfian  
 Y en pruebas de su audacia temeraria  
 A triplicada lid se desafian,  
 Por ponerlos en paz Marfisa insiste:  
 Mas su insistencia es vana;  
 Que, al uno en tanto que en calmar se afana,  
 Al otro mira que al tercero embiste.  
 Ella, que solo en paz verlos desea,  
 « Señores, » dice, « á mi consejo atento  
 « Suspenda cada cual toda pelea,  
 « Y juntos al auxilio  
 « Vayamos de Agramante y de Marsilio.  
 « Si alguno hay sin embargo  
 « Que se oponga á este plan, yo mi querella  
 « A empezar vuelvo, y á probar me encargo  
 « Cuanto ser puede amargo  
 « El querer conquistar una doncella.  
 « Mas si del campo moro las alarmas  
 « Han de cesar, forzoso es se resuelva  
 « Cada cual hoy á deponer las armas. »  
 — « A dejarlas dispuesto no me hallo  
 « Ínterin mi corcel no se me vuelva, »  
 Dice Roger; « yo exijo mi caballo;  
 « Pues retornar con él al campamento,  
 « O morir defendiéndolo es mi intento.  
 — « Mas fácil, dice Rodomonte, es esto  
 « Que no que reconquistes á Frontino.  
 « Por mi parte protesto  
 « Que si algun daño á nuestro rey aviene,  
 « Culpa tuya será, que no me obstino.  
 « Jamas yo en lo que sé que no conviene. »  
 Roger de esta protesta no hace caso,  
 Y cual furioso jabali, desnudo  
 El hierro, llega acelerando el paso,

Y con su hombro y su escudo  
Le da golpe tan rudo,  
Que en confusion le pone  
Y que un estribo le hace que abandone.  
« Roger, » en esto el tártaro le grita,  
« Conmigo lidia, á toda lid difiere; »  
Y colérico hácia él se precipita,  
Y en el almete con furor le hiere.

Sobre la crin de su caballo inclina  
Roger la frente, y levantarla intenta,  
Cuando el hijo de Ulieno se presenta.  
Desnudo el hierro, amenazando ruina,  
Atroz golpe descarga,  
Que si bien, gracias de su yelmo al temple,  
No le quita la vida,  
Sus sentidos embarga  
Y le hace abandonar espada y brida.

Su corcel por los campos se lo lleva,  
Mientras que en tierra queda Balisarda.  
Viéndose sola, en acudir no tarda  
Marfisa á comenzar batalla nueva.  
Magnánima y gallarda  
Se encara á Mandricardo, y con fiereza  
Golpe le da terrible en la cabeza.

Tras de Roger corriendo el argelino,  
A su corcel Frontino  
Le hará, como le alcance,  
Por siempre renunciar. En este trance,  
Llegan Viviano y Ricardeto. Aqueste  
Con tal violencia empuja al argelino,  
Que le obliga á que tuerza su camino;  
En tanto que Viviano  
Su espada al buen Roger pone en la mano.

Cuando volviendo en sí Roger advierte  
La espada que Viviano le presenta,  
Semejante al leon que entre las astas  
De un novillo se ve, bien que no sienta  
Dolor, ardiendo en ira.

Estrago anhela, destruccion respira,  
Y ansioso de venganza  
Hácia el de Argel colérico se avanza.  
Con mano fuerte y ducha  
Tan vivo golpe dale en la celada,  
Que á no haber en la lucha  
Perdido, cual ya referi, su espada,  
Poco sirviera al rey de Argel ó nada  
El yelmo fabricado por su abuelo  
Cuando la guerra quiso hacer al cielo.

Largo tiempo durar tanta reyerta  
Debe; y de ello bien cierta  
La Discordia, á su amiga  
Al convento la exhorta á que la siga.

Mas volvamos al sitio do en la frente  
Recibió un golpe el musulman valiente.  
Tan recio fué, que con la nuca vino  
A tocar en la grupa de Frontino.  
Sin sentido, sobre él no de otro modo  
Bamboleándose va que hombre beodo,  
Y su espada perdiera si á su brazo  
No la llevara atada con un lazo.  
Recibiendo y tornando golpes rudos  
Sudan Marfisa y Mandricardo en tanto;  
Que, en solidez iguales, sus escudos  
La fiera lucha dejan indecisa,  
Hasta que de Marfisa  
El corcel resbalando, por el prado  
Cayó con ella hácia el derecho lado.  
Levantarse de prisa  
Intenta la magnánima doncella,  
Cuando llegando el moro,  
Descortes la atropella  
Y la arroja á los pies de Bridadoro.

En tanto que aturdido  
Corre el de Argel, á riesgos mil expuesto,  
Roger el mal partido  
Hecho á la dama ve; llégase, y presto

Al de Tartaria hiere con fiereza,  
 Y el yelmo le partiera y la cabeza  
 A tener él su espada,  
 O á llevar Mandricardo otra celada.  
 En sí volviendo Rodomonte en esto,  
 A Ricardeto advierte; y recordando  
 Que este se opuso á su designio cuando  
 Él á Roger pensaba dar la muerte,  
 Acércase dispuesto  
 A dar á su valor trágica suerte,  
 Si con gran arte y nuevo encanto opuesto  
 No se hubiera á su plan Mangis bien presto.  
 Bien que consigo el libro no tuviera  
 Con que detiene al sol en su carrera,  
 Mangis, que sabe tanto  
 Como el que mas de magias y de encanto,  
 Las palabras recuerda con las cuales  
 Convoa á las deidades infernales,  
 Y á su orden una se introduce pronta  
 En el corcel que Doralice monta.  
 Este corcel, que manso y obediente  
 Hasta entónces mostróse, de repente  
 Con furor agitándose, da un salto  
 De treinta pies en largo y quince en alto.  
 No perdió los arzones Doralice;  
 Mas, en los aires viéndose, gritaba  
 Auxilio reclamando la infelice.  
 Nada el gritar, empero, le aprovecha;  
 Que, impelido el corcel por el demonio  
 Que de Mangis las órdenes atiende,  
 Rápido como flecha,  
 Con nuevos saltos su camino emprende.  
 Marfisa en esto alzándose de tierra  
 Se llena de coraje  
 Al ver que del de Argel en nueva guerra  
 Vengar no puede el recibido ultraje.  
 De la batalla el resultado viendo,  
 Brama Roger cual hostigado toro,

No esperando jamas con su caballo  
 Alcanzar á Frontino y Bridadoro.  
 Sus armas deponer le da vergüenza  
 Miéntras que su corcel no recupere.  
 Tampoco hasta que al tártaro no venza,  
 Marfisa una hora de reposo quiere,  
 Y así, por entablar nuevas querellas,  
 Siguen los dos las enemigas huellas.  
 A su contrario hallar cada cual debe  
 En el árabe campo, adonde piensa  
 De su rey Agramante á la defensa  
 Con alma y vida consagrarse en breve.  
 Despedirse queriendo  
 El buen Roger de los que allí su viaje  
 Emprendieron con él, hácia el paraje  
 Do ve al hermano de su dama acude,  
 Le ofrece su amistad y le suplica  
 Que en su nombre salude  
 A Bradamante; y de tal modo explica  
 Su intencion, que lo deja satisfecho  
 Sin mostrarle el secreto de su pecho.  
 De Mangis, de Aldeguer y de Viviano  
 Se despide tambien, y amistad pura  
 Cada cual de ellos con placer le jura.  
 De llegar á Paris es tanta el ansia,  
 Que acosa á la impertérrita Marfisa,  
 Que, de la gente amiga que allí deja  
 Sin despedirse, rápida se aleja.  
 Tras ella á todo prisa  
 Por saludarla acuden Ricardeto,  
 Y Mangis y Viviano,  
 Mas no Aldeguer, que herido  
 En tierra yace exánime tendido.  
 Hácia Paris, primero  
 Viviano y Mangis, y Aldeguer mas tarde,  
 Con Ricardeto toman un sendero.  
 Las muestras de valor y el noble alarde  
 Que, con daño de Carlos y su gente,

Hizo cada guerrero  
De este escuadron magnánimo y valiente,  
En otro canto enumeraros quiero.

### CANTO XXVII.

Llega Doralice á la tienda de su padre el rey de Granada. —  
Corre Reinaldo en busca de Orlando y de Angélica. — Reve-  
ses de los cristianos. — Reyertas entre los jefes moros. —  
Doralice, obligada á decidirse en favor de Mandricardo ó de  
Rodomonte, se pronuncia por el primero; desesperacion y  
partida del segundo.

Entre los muchos especiales dones  
Que la mujer del cielo ha recibido,  
Es uno el de saber tomar partido  
De pronto en apuradas situaciones.  
Los hombres al revés; raro es que auxilio  
Del estudio y del tiempo no reclamen,  
Raro que á seria decision se inclinen  
Sin un maduro y detenido exámen.

En su opinion discreto  
Mangis no anduvo á fe (bien que, cual dije,  
Del riesgo que le aflige  
Salvar logra á su primo Ricardeto);  
Cuando al de Argel y al de Tartaria exhorta  
A suspender la lucha, no pensando  
Cuanto su ausencia importa  
Al pronto triunfo del cristiano bando.

Si de pensar en esto  
Tenido hubiera el tiempo necesario,  
Salvando á Ricardeto, á su adversario  
No diera, no, consejo tan funesto.  
Bastábale al espíritu que lleva  
A la dama, mandar que del Ocaso,  
O de Oriente á los límites remotos,  
Por caminos ignotos  
La arrebatara con lijero paso.

Lo mismo que á Paris, los dos amantes  
La siguieran allí; mas, por desgracia,  
No pensó Mangis ántes  
De esta resolucion en la eficacia;  
Y el infernal espíritu que impele  
De Estordilano á la asustada hija,  
Sangre buscando y destruccion, cual suele,  
Toma, pues rumbo Mangis no le fija,  
Uno que á Carlos y á su gente aflija.  
Montes, rios, lagunas y barrancos  
Atraviesa veloz, hasta que llega,  
Por medio de Bretones y de Francos,  
Y de las gentes todas que congrega  
En torno á su estandarte el rey cristiano,  
A la tienda del rey Estordilano.

Rodomonte y el tártaro de léjos  
Siguen el primer dia á la doncella;  
Al siguiente perdiéndola de vista,  
Reconocen su huella,  
Cual de tímida liebre ó corza lista  
Conoce el can la engañadora pista,  
Y de correr ni el uno ni el otro cesa,  
Hasta que oye decir que de su padre  
Llegó ya al campamento la princesa.

¡Ay de tí! Carlos: por distintas partes  
Que estos dos, á tus tiendas  
Llegan el rey Gradaso y Sacripante,  
De quienes contra el impetu arrogante  
Temo que inútilmente te defiendas!  
Hostil fortuna á tu glorioso intento  
A los héroes aleja  
De mas fuerza y valor del campamento,  
Y envuelto en triste oscuridad te deja.

De Reinaldo y de Orlando  
Quiero hablar; este, trastornado el juicio,  
Del valle al monte, y dél al precipicio,  
Con lluvia ó sol desnudo va vagando.  
No mucho ménos loco